

ADAM BLADE

Busca Fieras[®]



¡CROMOS
COLECCIONABLES
DE REGALO!

 DESTINO

 TREMA 
EL SEÑOR DE LA TIERRA

TREMA,
EL SEÑOR DE LA TIERRA



ADAM BLADE



DESTINO

Un agradecimiento especial a Cherith Baldry.

Para Charlie Andrew Mills.



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2014
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© de la traducción: Macarena Salas, 2014

Título original: *Trema The Earth Lord*

© del texto: Working Partners Limited 2009

© de la ilustración de cubierta e ilustraciones interiores:

Steve Sims - Orchard Books 2009

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: julio de 2014

ISBN: 978-84-08-12842-7

Depósito legal: B. 12.844-2014

Impreso por Liberdúplex, S. L.

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

UNA NUEVA FIERA



Tom y Elena bajaban a lomos de *Tormenta* por el camino de la montaña. Aunque habían dejado atrás los campos nevados y ahora las colinas estaban cubiertas de brezos y arbustos, todavía quedaban restos de nieve y hielo en algunas partes.

Tom iba detrás de Elena. Su mano herida todavía le dolía mucho y no podía sujetar las riendas para guiar al caballo entre las peligrosas placas de hielo. De momento habían liberado a

cuatro Fieras de Gwildor del maleficio del diabólico brujo Velmal. La primera Fiera, *Krab*, había herido a Tom con sus pinzas gigantes, y desde entonces, el veneno verde se había extendido por toda la mano. Pero Tom no podía permitir que eso lo detuviera, y él y Elena habían conseguido liberar a *Halkon*, a *Rok* y a *Koldo*.

Intentaba no pensar en la amenaza de Velmal después de su batalla con *Koldo*, el guerrero del Ártico.

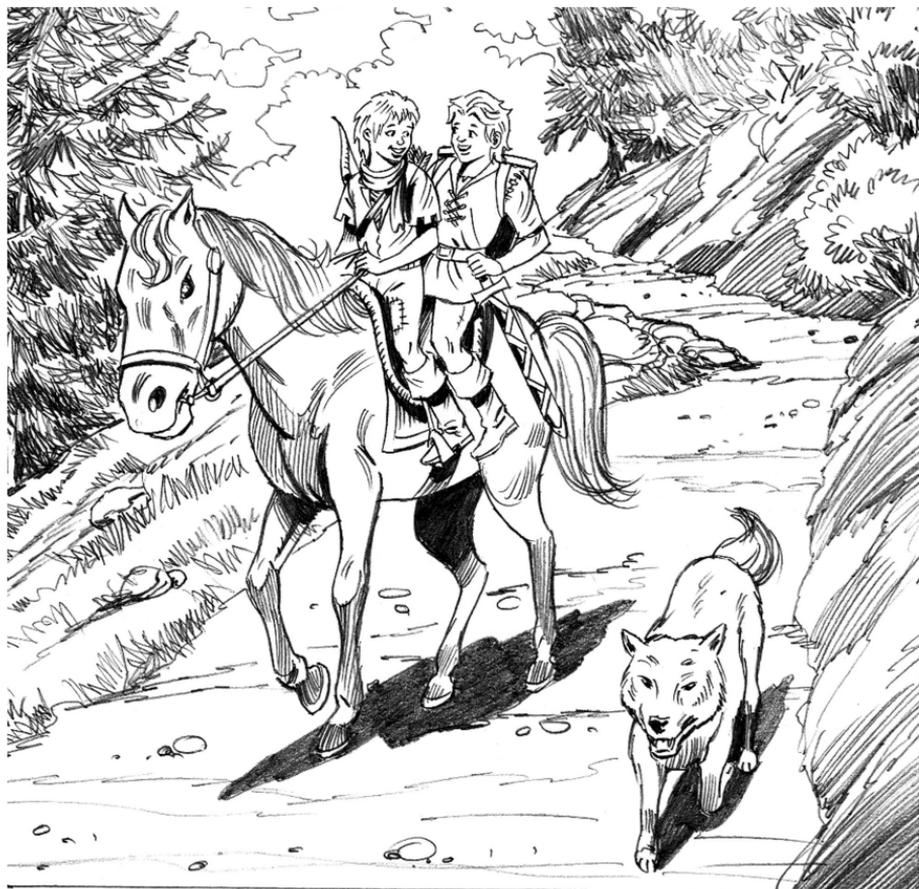
«Vuestra siguiente Búsqueda será la última —había dicho Velmal—. Ninguno de vosotros saldrá con vida de Gwildor.»

Se enderezó y apoyó la mano en la empuñadura de su espada. «Mientras la sangre corra por mis venas, lucharé contra Velmal.»

Elena miró hacia atrás con un brillo en los ojos.

—¿Estás listo para el siguiente reto?
—preguntó como si hubiera adivinado lo que estaba pensando su amigo.

—Por supuesto —sonrió Tom. «A lo mejor también consigo liberar a Freya», pensó para sí mismo. «Debo liberarla de la maldad de Velmal.»



Tom sentía una extraña conexión con Freya, la Maestra de las Fieras, pero no sabía por qué. El maleficio de Velmal la había convertido en un ser tan vil como el propio brujo oscuro.

El sol brillaba con fuerza desde un cielo azul pálido. Sus deslumbrantes rayos se reflejaban en una placa de hielo, y Tom y Elena tenían que entrecerrar los ojos por el brillo cegador.

—Aquí en Gwildor todo es mucho más brillante que en nuestro reino de Avantia —dijo Elena—. Hasta *Plata* tiene que vigilar por dónde pisa.

El brillo le hacía llorar a Tom y tuvo que parpadear para ver al lobo andando por delante, con el hocico levantado y alerta mientras olfateaba el camino. Levantó una mano para frotarse los ojos y reprimió un grito de dolor cuando sus lágrimas saladas tocaron la herida venenosa. Tom agradeció que Elena no se

diera cuenta de lo mal que estaba. De momento.

«No puedo permitir que nada me detenga en mi Búsqueda —pensó—. Ni siquiera mi mano herida.»

Gradualmente, el camino se hizo menos empinado y dio lugar a unos amplios pastizales. Un viento cálido y suave recibió a Tom y a Elena a medida que las llanuras de Gwildor se extendían delante de ellos. La alta hierba brillaba con un color dorado y bailaba con la brisa como si fueran olas del mar.

Elena se bajó de la montura de *Tormenta*.

—¡Es precioso!

—Sí, es realmente bonito —dijo Tom desmontando y poniéndose al lado de su amiga—. Pero no nos podemos quedar aquí todo el día. Debemos encontrar a la siguiente Fiera y la recompensa que nos ayudará a liberarla.

Elena asintió con una expresión de determinación en la cara.

—Tienes razón. No hay tiempo que perder.

Tom sacó el Amuleto de Avantia que



tenía colgado al cuello y le dio la vuelta para revelar el mapa de Gwildor tallado en el metal. Con Elena mirando por encima de su hombro, observó cómo se formaba un camino en el mapa.

—Qué raro —dijo frunciendo el ceño—. Normalmente aparecen dos caminos.



—Eso seguramente significa que la recompensa y la Fiera están muy cerca —murmuró Elena.

Tom examinó el amuleto más detenidamente. Una sensación de inseguridad le recorrió la espalda al ver que al final del camino aparecía el nombre de la Fiera.

—*Trema...* —murmuró. «Me pregunto cómo serás...»

Miró hacia la llanura en la dirección que indicaba el mapa. Se cubrió los ojos con una mano e intentó ver bajo la brillante luz del sol. En ese momento le habría gustado seguir teniendo el poder de supervisión que había ganado al recuperar la armadura dorada de Avantia.

—Parece que allí hay unas casas —dijo—. Me sorprendería que Velmal dejara que nos acercáramos a la gente. Sobre todo después de liberar a la Fiera que habían capturado los ciudadanos

del pueblo y conseguir que volviera a ser buena. ¡Ése no era el plan de Velmal!

Elena se rio.

—Desde luego. Seguro que no quiere que la gente sepa que hay un héroe en su reino.

Tom no podía compartir su risa. Su preocupación se hacía más grande al pensar lo que les esperaba en el valle. Ésa podría ser la misión más peligrosa hasta ahora.

«Pero no nos vamos a rendir —se dijo a sí mismo—. Juntos, nos enfrentaremos a cualquier peligro.»

Tom miró el mapa por última vez y se volvió a colgar el amuleto al cuello.

—Tenemos que ir a donde nos dice el mapa —dijo—. ¡No hay tiempo que perder!

